

EL RELATO HISTÓRICO: ¿HIPÓTESIS O FICCIÓN? CRÍTICAS AL “NARRATIVISMO IMPOSICIONALISTA” DE HAYDEN WHITE*

MARÍA VERÓNICA TOZZI

En la segunda mitad del siglo XX la cuestión acerca del *status* cognitivo de los relatos históricos ha captado la atención de filósofos de la historia e historiadores. La cuestión ha sido suscitada por el provocativo trabajo de Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. En éste y otros artículos posteriores el autor ha argumentado que la distinción entre relato histórico y relato de ficción, basada en el criterio de que, respectivamente, relatan eventos¹ reales o imaginarios, es insostenible. Su crítica apunta a la creencia de que la estructura del relato histórico *representa* lo realmente ocurrido en el pasado. Mediante una estrategia llamada formalista busca mostrar que el relato histórico es una *forma impuesta* al (y por tanto distorsionadora del) pasado. Para apreciar en toda su dimensión la crítica metahistórica de White deben evitarse algunas malinterpretaciones de las que ha sido objeto, sobre todo para aquellos alarmados con la utilización de su teoría para negar la ocurrencia de sucesos horrorosos.² Es por esta razón que quisiera aclarar desde un principio que White explícitamente admite la ocurrencia pasada de *eventos históricos* y la existencia de datos históricos. En ninguno de sus trabajos, ha afirmado que sucesos tales como la Revolución Francesa, la Revolución Rusa o el Holocausto no hayan ocurrido, pero *lo que sí niega es que pueda mostrarse que tales sucesos ocurrieron en la forma en que los relatos de los historiadores dicen que ocurrieron*. A esta particular conjunción que admite, por un lado, datos históricos, y concibe, por otro, al relato histórico como indistinguible de un relato de ficción, se ha llamado *narrativismo impositivista*.³

El trabajo consta de cinco partes. En la primera, expongo cómo White critica a los defensores de una concepción realista del relato histórico. En la

* La primera versión de este trabajo fue leída en el Coloquio de Historia y Filosofía de la Ciencia y Tecnología, SADAF, octubre de 1994. Agradezco al profesor Eduardo Barrio y a mis referis anónimos cuyos comentarios me permitieron elaborar la versión final.

¹ Prefiero utilizar la categoría de “evento” o “suceso” en lugar de la de “hecho”, por ciertos usos filosóficos de esta última que remiten a una ontología estática. Los eventos, en cambio, *sucedan* en un tiempo y terminan. Ahora bien, debido a que en los libros de historia se habla en general de hechos históricos, mantendré esta expresión cuando he querido conservar el uso común.

² Me refiero al uso de la concepción whiteana para afirmar que el Holocausto es una ficción.

³ Denominación debida a A. Norman (1991) y que considera al relato histórico como una estructura literaria artificialmente construida e impuesta sobre un pasado no estructurado.

segunda, reconstruyo críticamente los argumentos de White, mostrando que su negativa a aceptar la referencia a eventos reales para caracterizar el relato histórico se basa en tres observaciones críticas. La primera, de carácter semántico, se niega a conceder *carácter explicativo* al relato histórico por su fracaso en ofrecer una *reproducción pictórica* del pasado; la segunda, de carácter epistemológico, consiste en negar un rol crítico al registro histórico por el hecho de que ningún conjunto de datos obliga al historiador a construir un relato en particular y, la tercera, de carácter teórico-metodológico, implica tomar al relato histórico como un simple artefacto verbal, por lo cual debe ser analizado mediante las reglas de la composición discursiva y literaria excluyendo hacer referencia a aquello de lo que el texto habla. En la tercera parte del presente trabajo, evalúo el real alcance de la consideración ficcionalista de White para los relatos históricos. En la cuarta, critico su tratamiento del rol de los “datos históricos” en la evaluación de relatos históricos rivales. En la quinta y última, intento una explicación de por qué White admite datos independientes del relato pero sin rol crítico.

I. La retirada del realista

La pregunta que abre el debate actual en torno al *status* de la narrativa histórica se refiere a la posibilidad de contar con un criterio claro y relevante de distinción entre un relato histórico y un relato de ficción. Responder afirmativa o negativamente a esta cuestión dependerá de la aceptación o rechazo de los siguientes slogans: “el relato histórico representa el pasado”, “el historiador no inventa el relato sino que lo descubre”, “en el relato verdadero los acontecimientos parecen contarse a sí mismos”. Debe tenerse en cuenta que lo específicamente cuestionado es la creencia en que la narrativa histórica *representa, por su forma, los sucesos del pasado* pues, al indagar sobre los elementos característicos de la narrativa —esto es, la organización cronológica de su material, la estructura que determina un principio, un medio y un final, clausura narrativa y coherencia significativa—, el problema surge inevitablemente, ya que dichos elementos son compartidos tanto por las narrativas históricas como por las de ficción.

La salida del realista consistirá en marcar que, mientras la narrativa de ficción relata sucesos imaginarios, el relato histórico, en cambio, relata sucesos realmente ocurridos. El realista nos ofrece un criterio: el relato de ficción y el relato histórico, si bien comparten la forma, tienen contenido diverso. Es decir, la narrativa histórica pretende relatar eventos realmente sucedidos, por tanto será verdadera o falsa según esos eventos hayan o no ocurrido. En cambio para las narrativas de ficción, las nociones de verdad o falsedad no son

aplicables, pues no se pretende afirmar la ocurrencia de los eventos relatados en ellas. Ahora bien, si el criterio ofrecido remite a que los eventos relatados hayan realmente sucedido, aun así el realista se encontrará en problemas a la hora de mostrar cómo estos eventos deciden entre relatos históricos alternativos y rivales. Pues, *la simple constatación de la ocurrencia de los eventos registrados no basta para considerar verdadero a un relato*. Este, como señaló White, hace algo “más” que registrar eventos del pasado, ni siquiera es un registro de eventos en un orden cronológico, sino que éstos encuentran un lugar en el relato por cumplir una función

como elementos del relato, de forma de revelar la coherencia formal de todo un conjunto de acontecimientos considerados como un proceso comprensivo con un principio, un medio y un fin discernibles (*Metahistoria*, p. 18).

Un ejemplo de Jerzy Topolski ilustrará esta afirmación:

Por largo tiempo los historiadores discutieron acerca de la situación europea —económica, social y parcialmente política— de los siglos XIV y XV sin utilizar el concepto de crisis para describirla, hasta que varios descubrimientos (tales como la aparición de tierras sin labrar en áreas rurales, y dificultades con la alimentación del número creciente de población) lo hicieron emerger primero en los estudios de Postan y Perroy. Un hecho histórico, “la crisis europea en los siglos XIV y XV”, había sido construido, un hecho que cubre un complejo de procesos hipotéticos y que nos ayuda o no a asir los hechos que tuvieron lugar en tal periodo. Las opiniones [señala Topolski] están divididas sobre la existencia o no de tal crisis global en tales siglos, y van desde adscribirla a la totalidad de Europa en el final de la Edad Media (P. Anderson) hasta negar su existencia (G. Duby). En esta discusión, lo que se cuestiona no es la idoneidad de los historiadores, es decir que incluyan enunciados falsos o distorsionen los datos. Lo que es cuestionado es la verdad de la narrativa (relato) como un todo. Pues, el relato de la crisis, más que una pintura verdadera del pasado, aparece como *arbitrariamente constituida*, es decir, *artificialmente impuesta* sobre el proceso de la historia (1981, p. 53).

Con este ejemplo cerramos otra puerta al historiador realista que pretende con su relato dar cuenta de lo que ocurrió, ya que la distinción entre narrativa histórica y narrativa ficcional no se basa ni en la forma pues ésta es compartida por ambas, ni en el contenido, pues que se refiera a eventos sucedidos no garantiza la verdad del relato total. Ahora bien, un realista persistente puede no aceptar la derrota y reclamar *que es en la realidad misma donde encuentra los elementos formales del relato*. Es decir, para que la narrativa histórica sea verdadera y represente el pasado real, éste ya debe contener los elementos de la narrativa. Por tanto, si el historiador quiere conocer el

pasado dejará *que los sucesos hablen por sí mismos, cuenten su propia historia*. En otras palabras, si lo característico de la narrativa histórica es su pretensión de relatar acontecimientos reales, para que éstos tengan alguna función eficaz en la verdad del relato, ellos mismos deben manifestar un “entramamiento” (*emplotment*)⁴ narrativo. Así lo ha expresado Hayden White:

La distinción entre eventos reales e imaginarios presupone una noción de realidad en la cual “lo verdadero” es identificado con “lo real” sólo en tanto se muestra que posee el carácter de narratividad (1980, p. 6).

Pero, como bien pregunta White, ¿se presenta el mundo a sí mismo a la percepción en la forma de relatos bien hechos con temas centrales, comienzo, medio y fin, y una coherencia tal que nos permita ver el fin en cada comienzo? Es más, suponer que los elementos del relato están en los sucesos nos conduce a expresiones manifiestamente absurdas tales como: “los hechos se cuentan a sí mismos” o “la historia es un relato a relatar”. En definitiva, a menos que tomemos literalmente estas expresiones, debemos reconocer con White que las

narraciones históricas [son] ficciones verbales cuyos contenidos son tanto *inventados* como *encontrados* y formas que tienen más en común con su contraparte en la literatura que las que tienen con la ciencia (1982, p. 82, el subrayado es mío).

De aquí surge la concepción llamada impositivista y ficcionalista para la historia, pues el historiador para dar sentido al pasado le impone una coherencia formal, una estructura de principio, medio y fin. Pero, concluye White, es

una ficción del historiador el que varios estados o situaciones de hecho que él constituye como principio, medio y fin de un curso de desarrollo sean todos reales y que él simplemente haya registrado lo que ocurrió en la transición desde el momento inicial hasta la fase terminal (*ibid.* p. 98).

Asistimos, de este modo, al cierre de la última puerta para el realista y, al mismo tiempo, a la disolución de la historia en la ficción. Ahora bien, ¿es ésta una conclusión inevitable? En el próximo punto evaluaré los verdaderos alcances de este ficcionalismo para la historia.

⁴ White define *emplotment* como aquella “codificación de los hechos contenidos en las crónicas como componentes de clases específicas de estructuras argumentales”.

II. La ficción de la representación histórica

Repararé los principales argumentos de Hayden White con el objeto de evaluar hasta qué punto sus conclusiones ficcionalistas e impositivistas para caracterizar los relatos históricos son inevitables. Para ello, es necesario comenzar analizando cómo se origina su duda acerca de la posibilidad de una consideración realista de tales relatos. En *Metahistoria*, señala White que considerará al trabajo histórico como lo que es de modo más manifiesto:

una estructura verbal en forma de discurso, o un ícono, de estructuras y procesos del pasado, cuyo interés es *explicar* lo que eran, *representándolos* (p. 14).

Y en “El texto histórico como artefacto literario”, fiel a su definición, reclama el planteo de la cuestión acerca del *status* de la narrativa histórica considerada sólo como un artefacto verbal. Veamos la cita:

Pero hay un problema al que ni los filósofos ni los historiadores prestaron atención seriamente y que los teóricos literarios se plantearon apenas. Esta cuestión está relacionada con el *status de la narrativa histórica sólo como un artefacto verbal* que pretende ser un modelo de estructuras y procesos muy antiguos y por ello no sujetos a controles experimentales o de observación (p. 82, el subrayado es mío).

Se destaca en estas afirmaciones uno de los postulados principales del enfoque metodológico al que se mantendrá fiel en todos sus trabajos: *el formalismo*. Esto es, White enfoca el análisis de la relación entre el discurso y aquello de lo que habla como una relación interna al propio discurso y fabricada dentro de él. Y, aunque ha afirmado que los contenidos de los relatos históricos son tanto *inventados como encontrados*, White sólo atiende al carácter inventado y fabricado de la relación texto y realidad. Es decir, aunque se ocupa de aclarar que un texto histórico es la combinación de datos, conceptos teóricos, compromisos ideológicos y técnicas de “puesta en intriga” (*emplotment*), la particular combinación que resulte de todos ellos es de naturaleza estrictamente convencional. La combinación no está dictada por la realidad pasada. Profundizaré estos argumentos. Una vez formulado su enfoque metodológico, White efectúa tres observaciones críticas para fundamentar su rechazo de la distinción entre relato histórico y relato de ficción. La primera, de carácter semántico, muestra que el relato histórico no logra representar el pasado *porque no refleja el pasado* (1982, p. 91). Es decir, el historiador no puede mostrar una relación de isomorfismo entre relato y pasado. Para ilustrar la crítica semántica, veamos algunas citas

Generalmente se sostiene, como dijo Frye, que una historia es un modelo verbal de un conjunto de hechos externos a la mente del historiador, pero es un error pensar la historia como un modelo similar a un modelo en escala de un avión o un mapa o una fotografía. Porque podemos controlar la adecuación de esta última forma de modelo observando el original y aplicando reglas necesarias de traducción, ver en qué aspecto el modelo ha logrado realmente reproducir aspectos del original. *Pero las estructuras y procesos históricos no son como estos originales*, nosotros no podemos ir y observarlos [...] No lo haríamos aunque pudiéramos porque fue la auténtica rareza del original como aparece en los documentos la que inspiró los esfuerzos del historiador en lograr un modelo (p. 88). *Como una estructura simbólica, la narrativa histórica no reproduce los hechos que describe*; ella nos dice en qué dirección pensar acerca de los hechos y carga nuestro pensamiento acerca de ellos con distintas valencias emocionales. La narrativa no refleja (*image*) las cosas, indica: apela al recuerdo de imágenes de las cosas que indica, en el mismo modo en que lo hace la metáfora (p. 91, el subrayado es mío).

La segunda crítica, de carácter epistemológico, afirma que las diferencias fundamentales entre relatos alternativos y rivales no surgen de haber descubierto distintas *clases* de eventos, sino que se descubren distintos *tipos* de eventos porque se tienen distintos relatos para contar (cf. 1982, pp. 84 y 85). Es decir, hay una crítica a una consideración inductivista del trabajo histórico. Para ilustrar la crítica epistemológica, veamos las propias expresiones de White:

no debe pensarse que hayan relatado diferentes historias de la revolución porque hayan descubierto diferentes clases de hechos, políticos por un lado y sociales por otro. Buscaron diferentes clases de hechos porque tenían diferentes clases de relatos para narrar. Pero, ¿por qué estas representaciones alternativas, para no decir mutuamente exclusivas, representaciones de lo que sustancialmente fue el mismo conjunto de hechos, aparecen igualmente veraces a sus respectivas audiencias? [...] porque los historiadores compartían con sus audiencias ciertos preceptos acerca de cómo la revolución podría entramarse, en respuesta a imperativos que eran generalmente extrahistóricos, ideológicos, estéticos o míticos. [La configuración de] una situación histórica dada depende de la sutileza del historiador en relacionar una estructura argumental específica con el conjunto de hechos históricos que desea encauzar hacia un significado particular. Esto es esencialmente una operación literaria, es decir, una operación productora de ficción, que de ninguna manera desmerece el *status* de las narraciones históricas como suministradoras de un tipo de conocimiento (*ibid.*, pp. 85-86, el subrayado es mío).

Finalmente, hay una tercera observación crítica, de carácter teórico, que constituye su “metahistoria” y que consiste en señalar que la no distinción

entre historia y ficción no se basa *sólo* en el rechazo del isomorfismo entre el lenguaje del historiador y la realidad pasada, sino en el carácter esencialmente literario de la narrativa histórica. Es más, relatos históricos alternativos sobre un mismo evento no se distinguen por suscribir diferentes teorías de la naturaleza humana o de la sociedad (es decir, diferentes concepciones de la realidad histórica), sino que la diferencia subyace en el

acto poético (precritico y precognitivo) de prefiguración del conjunto de acontecimientos como posible objeto de conocimiento. Este acto es constitutivo de la estructura que será subsecuentemente concebida en el modelo verbal ofrecido por el historiador como una representación y explicación de “lo que realmente ocurrió” (1992, pp. 30-31).

En definitiva, la conclusión del carácter esencialmente literario del relato histórico resulta una consecuencia inevitable del enfoque metodológico reclamado por Hayden White. Si consideramos a los relatos históricos alternativos y rivales como meros artefactos verbales, las diferencias percibidas no se deberán ni al hecho de haber relevado diferentes datos históricos (algo externo al propio texto) ni al hecho de suscribir diferentes concepciones de realidad histórica (compromisos ontológicos) sino que estarán sustentadas en criterios estéticos.

III. Límites a las consecuencias ficcionalistas del impositivismo

En el punto anterior he mostrado, a partir de mi reconstrucción del enfoque formalista de White, que la caracterización ficcionalista se deriva del fracaso del trabajo histórico en ofrecer una representación pictórica de la realidad (primera observación crítica),⁵ es decir, del fracaso en mostrar que la propia realidad posee el carácter de narratividad (cf. 1980, p. 6). Pues, como dijo en “El texto histórico como artefacto literario” (especialmente en p. 88), en el caso de la historia no podemos comparar el modelo observando el original para ver

⁵ La teoría pictórica es un caso muy especial de la clásica idea de correspondencia. Identificar lo verdadero con lo real puede hacerse de muchas maneras: no todo correspondentista defiende un enfoque pictórico (isomorfismo estructural entre las oraciones y los hechos). La teoría pictórica fue defendida por Wittgenstein en el *Tractatus* (al menos en la interpretación russelliana). Luego, los trabajos de Tarski junto con las críticas a la teoría pictórica efectuadas por la filosofía analítica obligaron a los representacionistas a defender otros enfoques. En la actualidad, los representacionistas defienden, por ejemplo, el enfoque causal que en el ámbito de la epistemología surge como una respuesta a la tesis de la inconmensurabilidad de Kuhn. En esta aproximación no hay pretensión de isomorfismo pero hay alguna conexión entre ciertas palabras y el mundo (es una posición mucho más moderada que la pictórica).

en qué aspecto en particular el primero ha logrado realmente reproducir aspectos del segundo.⁶ Más aun, los relatos históricos, dice White, *no reproducen* los hechos que describen (ver cita de la página 80 del presente trabajo). Ahora bien, en estas afirmaciones hay varios supuestos responsables de la conclusión impositivista y distorsionadora del relato histórico. Uno de estos supuestos tiene que ver con la consideración, por parte de White, del carácter no narrativo de la realidad histórica social y de la experiencia histórica social.⁷ Es más, para White el pasado se da (o sería) en forma de incidentes atómicos aislados, carentes de conexión y estructura. Volveré sobre este último punto en el párrafo que sigue; igualmente ahora haré tres observaciones.

En primer lugar, como puede verse a partir de las investigaciones de David Carr y Paul Ricoeur acerca de la relación entre el relato histórico y la vida cotidiana, la idea según la cual experimentamos nuestra vida de forma no narrativa resulta cuestionable. Por el contrario, sería verosímil suponer, y es bastante cercano a nuestra experiencia, que, en tanto seres sociales e históricos, más bien vivimos y experimentamos nuestra vida individual y colectiva de forma narrativa. Difícilmente vivamos una historia única y coherente pero estamos enredados en varias historias (en las de nuestra propia historia personal y en las de nuestros múltiples grupos de pertenencia, de los que voluntariamente o no formamos parte, y la mayor parte de las veces estas múltiples historias pueden entrar en conflicto). Pero la cuestión no termina aquí pues para el historiador, más allá de si estos relatos son verdaderos o no, el hecho de que sean vividos y constituidos por los agentes históricos es parte importante (aunque no definitiva) de la realidad histórica social acerca de la cual debe dar cuenta. En segundo lugar, y en estrecha conexión con el primer punto, el hecho de que la realidad sea experimentada por los agentes humanos como una narración —y que ello sea un dato insoslayable para el historiador— no significa que, para poder dar cuenta del pasado de un modo verdadero o adecuado, deba reproducir o copiar los relatos vividos por los agentes. Es decir, ¿por qué considerar que un relato histórico es una “reproducción” del pasado? Resulta más adecuado pensar que un relato historiográfico académico —en tanto un tipo de explicación— se propone *dar cuenta* de los sucesos del pasado, más que *reproducirlos*, y ese dar cuenta puede llevar a la producción de un relato crítico de los relatos vividos (el protagonista no detenta el punto de vista privilegiado). En suma, hay que *rechazar la ecuación que dice que, si la realidad histórico-social tiene forma narrativa, un*

⁶ No trataré la cuestión de la observación del pasado. Señalo tratamientos recientes acerca de la observación en ciencia, en términos de transmisión de información, que muestran la factibilidad de observar sucesos (físicos e históricos) lejanos en el tiempo (P. Kosso, 1992).

⁷ White se refiere indistintamente a la experiencia histórica y a la realidad histórica.

relato histórico verdadero debe ser una reproducción de los relatos pasados. Es más, una reproducción narrativa exacta de sucesos pasados (si algo como esto fuera posible) no nos daría cuenta de nada, no nos explicaría nada; *explicar no es mostrar.* En tercer lugar, y en estrecha conexión con las dos primeras observaciones, la crítica del historiador a los relatos vividos no tiene que expresarse necesariamente en forma narrativa.⁸ Hay otras formas de estructuración (derivadas de teorías sociológicas, económicas y de otras ciencias sociales) para dar cuenta de la realidad histórica y, finalmente, estas formas pueden ser complementarias de las historias narrativas (estas historias no narrativas muchas veces son las que nos permiten a nosotros, agentes históricos, modificar nuestros propios relatos de vida). En conclusión, *sólo si consideramos que narraciones, interpretaciones y explicaciones buscan reproducir o copiar el pasado, es que narraciones, interpretaciones y explicaciones serán inevitables distorsionadores de la realidad histórico social.*

Y, como sucede también en toda explicación, los eventos a explicar o a relatar deben ser descritos de algún modo particular, descripción que necesariamente obliga a cierto recorte y selección de aspectos del suceso. Y esta descripción selectiva responde a un propósito: el de dar cuenta de él (no de reproducirlo). Por ejemplo, en el caso de las explicaciones de tipo nomológico-deductivo no cualquier descripción de un suceso puede ser subsumida bajo una ley, tal es el caso de sucesos referidos mediante su nombre propio tales como “La Revolución de Mayo”, “La Guerra del Paraguay” o “La Generación del 80”, éstos no pueden “a secas” subsumirse bajo alguna ley o cuasiley, pues no se sabe en qué aspecto el suceso quiere ser explicado. Ocurre lo mismo con otros tipos de explicación, por ejemplo, en el caso de las explicaciones racionales de la acción humana, sería impropio describir a ésta en términos de comportamiento molecular, si de lo que queremos dar cuenta es de la racionalidad o irracionalidad de la misma. Retomando la cuestión, toda explicación o relato exige describir los sucesos de cierto modo según sea el sentido en que se los quiera explicar o el aspecto en el que se los quiera relatar, por lo cual tal descripción implicará una selección y abstracción de aspectos de los sucesos, algo totalmente ajeno a la reproducción o copia. Por tanto, si la adecuación de la explicación y la descripción de los eventos depende de si efectivamente da cuenta de lo que ocurrió y no de si reprodujo lo que ocurrió, ¿por qué, entonces, exigirles a las explicaciones históricas de forma narrativa que sean copias isomórficas o reproducciones del pasado como para poder dar cuenta con verdad de lo que ocurrió? En otras palabras, la crítica de Hayden White a la concepción

⁸ Carr reconoce y aprueba a la historia no narrativa, sin referencia a agentes humanos sino sólo a condiciones económicas o geográficas, tales como la larga y media duración de Braudel. Para Ricoeur, en cambio, historia no narrativa es drama con pura escena y sin personajes.

realista de los relatos históricos se basa en un supuesto erróneo: que el realismo exige reproducción y copia. Pero, como tratamos de mostrar, sostener que no inventamos el pasado desde nuestro relato presente no nos obliga a suponer que la estructura de nuestra narración acerca del pasado debe reproducir exactamente el pasado al cual se hace referencia.

Es más, para White, el efecto explicativo de un relato histórico no es el de reproducir el pasado sino el de refamiliarizarnos con eventos que hoy nos resultan extraños. Mediante el componente ficticio, los historiadores refamiliarizan estructuras y procesos pasados, no sólo proveyendo mayor información acerca de ellos, sino mostrando cómo sus desarrollos conformaron uno u otro tipo de relato que convencionalmente invocamos para darles sentido a nuestras propias historias de vida (cf. 1982, p. 87). Este fin familiarizador (y legitimador de algún fin práctico presente, por oposición a un supuesto fin científico) determinará, para White, las descripciones adecuadas a incluir en el relato.⁹ En este punto, es a mi juicio relevante recordar que en las décadas del 40 al 60 la discusión más importante que mantuvo la filosofía analítica de la historia¹⁰ (ampliamente desprestigiada por el narrativismo impositivista) fue en torno a la aplicabilidad o no del modelo hempeliano de explicación a la historia. Y uno de los puntos más discutidos discurrió en torno a los tipos de descripción adecuados de sucesos históricos como para poder dar cuenta de ellos. Justamente, acerca de este punto, los filósofos analíticos de la historia críticos de la teoría hempeliana de la cobertura legal, reconocían la necesidad de conservar una cierta familiaridad entre los modos

⁹ En 1982b, White extrema su posición al punto de dividir en dos las actitudes emotivas o sentimientos capaces de determinar tipos de visiones del pasado (visiones subyacentes a los relatos históricos). Una ve al pasado como algo sublime, horroroso, incomprensible e imprescindible de cambiar. Este tipo de actitud da lugar a relatos del pasado de carácter revolucionario. La otra lo ve como "bello" en el sentido de comprensible y explicable, por lo cual no se hace urgente modificar o abandonar. La primera visión estaría presente en relatos tan opuestos como el relato nazi y el relato sionista, o este último y el palestino. Todos construyen un relato para, o bien abolir el sistema hegemónico y sustituirlo por uno absolutamente nuevo (como en el caso nazi), o bien legitimar la construcción de un Estado particular, como en los casos palestino y sionista. Por otro lado, la visión del pasado como algo bello es la actitud dominante en la historiografía académica, aun en la de carácter marxista en tanto construye el pasado como explicable y comprensible así como una visión del presente como resultado de "leyes" y por lo tanto también comprensible.

¹⁰ Quisiera evitar con la expresión "filosofía analítica de la historia" dar la imagen de un grupo homogéneo de filósofos. Por el contrario, dentro de ella encontramos autores tan opuestos como Hempel y Dray. Sin embargo, pueden encontrarse ciertas coincidencias. Por ejemplo, los filósofos analíticos han rechazado, por irrefutables, las grandes filosofías especulativas de la historia: a lo sumo, les han reconocido un interés heurístico. También han criticado la forma en que los filósofos idealistas de la historia (Collingwood, Croce) han defendido el carácter *sui generis* de la historiografía. Aun los que la aceptaban buscaron justificarla en la especificidad del lenguaje del historiador y no en una supuesta "materia de la historia" heterogénea de la "materia de la naturaleza".

de comprensión de la historiografía y los de la vida cotidiana. Por ejemplo, a pesar de sus diferencias, Dray, Gardiner y Scriven, entre otros, destacaron que efectivamente la historiografía utiliza en sus relatos y explicaciones el lenguaje de la vida cotidiana, lo que hace difícil que dicha disciplina llegue a formular leyes estrictas de los sucesos pasados del tipo alcanzado en las ciencias más desarrolladas. Es más, consideraron al modelo hempeliano de explicación científica, en su versión estricta, como un ideal inalcanzable para la historia —a lo sumo se logrará una versión disminuida de él, como en el caso de Gardiner— y, al igual que Hayden White, fundaron su disidencia en el reconocimiento de que el propósito que guía la búsqueda de las explicaciones históricas es distinto del que guía la búsqueda de explicaciones nomológicas deductivas. Pues, según ellos, los historiadores buscan dar cuenta del pasado en una forma humana y en un lenguaje humano, y dicho lenguaje hace difícil la formulación de explicaciones legales estrictas¹¹ (véanse Dray, 1978; Gardiner, 1961). Sin embargo, este fin “familiarizador”, por llamarlo de algún modo, no implica para los críticos analíticos del modelo hempeliano ni legitimación de políticas presentes, ni imposición distorsionadora del pasado. Por el contrario, sólo apunta a reconocer la continuidad categorial entre la historiografía y la vida cotidiana, en ningún caso mella el propósito cognoscitivo último de la historiografía. En definitiva, un filósofo analítico de la historia crítico de la concepción nomológico-deductiva de la explicación, atribuiría a White la misma insatisfacción con la historiografía actual que la manifestada por la crítica científicista, sólo que White, en lugar de abogar por una historia más científica, reclamaría que el historiador deje caer su disfraz de científico y asuma su naturaleza literaria.

Tampoco White resulta muy agudo en su segunda observación crítica, aquella que señala que se *descubren* diferentes tipos de eventos porque se tienen diferentes relatos que contar y no a la inversa. En este punto es interesante recordar la literatura en torno a la inducción como un método mecánico o algorítmico de descubrimiento de hipótesis. Pocos defensores de la unidad metodológica de las ciencias negarían científicidad a la historiografía por pretender que *el historiador encuentre el relato del pasado en lugar de inventarlo*, pues implicaría exigirle más de lo que se les exige a las ciencias. En éstas sucede lo mismo que en la historia, ningún conjunto de sucesos proporciona al científico ninguna teoría, los hechos no hablan por sí mismos ni cuentan su propia historia. En algún sentido, el científico (o el historiador) es como un artista, debe usar su imaginación para inventar o conjeturar teorías interesantes acerca de los fenómenos que llaman su atención y lo motivan a buscar una

¹¹ En el párrafo IV (específicamente en las notas 14 y 15) del presente artículo se amplía este tema.

explicación. De manera que, en cuanto a si evaluamos relatos históricos y teorías científicas por su capacidad de reproducir la realidad, debemos concluir que ambos son ficciones. Esto es, ni los relatos históricos ni las teorías científicas son reproducciones de la realidad sino explicaciones, y su construcción y formulación exige selección y abstracción.¹² Pero, como ha sido suficientemente demostrado en las discusiones en torno al inductivismo como método de descubrimiento, concluir en una consideración ficcionalista y anti-realista del relato histórico por no haber sido derivado inductivamente a partir de los datos o sucesos, resulta ingenuo y estrecho.

Las observaciones señaladas revelan que la insatisfacción whiteana con las pretensiones realistas de la historiografía actual se basa en el incumplimiento de requisitos que la filosofía analítica de la historia (crítica o defensora de la teoría de la cobertura legal) había mostrado prescindibles (e ingenuos) para juzgar la adecuación de las explicaciones históricas. Resta aún la cuestión más difícil de aceptar del imposicionalismo: su tratamiento del rol de los datos y eventos históricos en las polémicas historiográficas.

IV. Acerca del carácter fundamentalmente crítico de los datos históricos

Se esperaría que un defensor del carácter esencialmente literario y ficticio del texto histórico considere a datos y eventos como inventados en el propio relato. Sorprendentemente, White no niega que el historiador hable acerca de la ocurrencia de sucesos en el pasado ni que no haya datos históricos, sino que pueda mostrar que los sucesos hayan ocurrido en la *forma* que su relato pretende. En 1982 señaló que

Los hechos mismos, no son sustancialmente cambiados de una narración a otra. [...] los datos a analizar no son significativamente diferentes en narraciones diferentes. Las que son diferentes son las modalidades de sus relaciones. [Las narraciones] aunque puedan parecer al lector basadas en diferentes teorías de la naturaleza, de la sociedad, la política y la historia, finalmente tienen su origen en las caracterizaciones figurativas del conjunto total de hechos como representaciones de totalidades de clases fundamentalmente diferentes (ibid., p. 97, el subrayado es mío).

¹² En un trabajo posterior "Descubrimiento y justificación en la historiografía: ¿racionalidad o determinismo?", presentado en las VII Jornadas de Epistemología e Historia de la Ciencia, Cosquín, diciembre de 1996, crítico la teoría del descubrimiento (e invención) de relatos históricos de White. Específicamente, crítico las consecuencias antirrealistas y antirracionalistas extrañas a partir de la supuesta identificación de las "causas" que determinan la construcción de tales relatos.

Esta afirmación, contrariamente a ciertas simplificaciones erróneas de la concepción imposicionalista de White —que la asimilan a un idealismo acerca del pasado—, muestra que *su antirrealismo no alcanza a los eventos o sucesos*: las que son inventadas son las relaciones o conexiones que el historiador pretende establecer entre los mismos. Esta interpretación es reforzada en la siguiente cita:

Las historias no son *sólo* acerca de los hechos sino también acerca de los posibles conjuntos de relaciones que estos hechos pueden representar. Estos conjuntos de relaciones no son inmanentes a los hechos mismos, sino que existen en la mente del historiador que reflexiona sobre ellos (*ibid.*, p. 94).

El divorcio entre relatos históricos y datos históricos se profundiza en su negativa a concederles función crítica relevante en las controversias históricas, al mismo tiempo que reconoce cierto “desarrollo” en el tratamiento de los mismos (los datos históricos). Así, si bien sostiene que el reconocimiento del elemento ficticio

no significa que no podamos distinguir entre la buena y la mala historiografía, [...] un gran clásico histórico no puede ser desautorizado o anulado por el descubrimiento de un nuevo dato que podría llevar una explicación específica de algún elemento del acontecer completo en cuestión, o por la generación de nuevos métodos de análisis que nos permitan tratar las cuestiones que los anteriores historiadores podrían no haber tenido en cuenta (*ibid.*, p. 97).

No se entiende qué aspecto del texto es lo que no puede ser desautorizado por los datos: ¿su valor como obra literaria?, estamos de acuerdo; ¿su concepción acerca del hombre y acerca de la sociedad?, ya no es tan claro; ¿su interpretación del pasado?, de ningún modo, pues la crítica a otras interpretaciones, basada justamente en el descubrimiento de nuevos datos y en la generación de nuevas técnicas y métodos para su análisis, es uno de los principales motores del cambio historiográfico, así como de su desarrollo y sofisticación teórica. Aun cuando no existan datos absolutamente independientes de todo enfoque teórico, datos destacados por alguna interpretación teórica particular obligan a un replanteo interno por parte de otras interpretaciones alternativas. Esto se hace manifiesto a la hora de reconstruir la historia de ciertos debates historiográficos tales como la discusión en torno al Fascismo o la Revolución Francesa o en nuestra propia historia argentina. En dichas reconstrucciones vemos cómo todo un cuerpo de datos relevados por alguna corriente historiográfica conduce a un replanteo autocrítico de alguna corriente rival. Así, la historia de la historiografía económica de la Revolución Francesa ofrece un buen ejemplo de cómo datos históricos, en este caso de orden econó-

mico, así como innovaciones técnicas para la lectura de los mismos, manifiestan un poder devastador de influyentes interpretaciones de la revolución. Tal es el caso de Labrousse, cuya amplitud y rigor en el análisis de los datos económicos constituye un nuevo hecho histórico (en el sentido de hecho científico) (Schaff, 1976, p. 61). También nuestra historia argentina ilustra cómo datos particulares desacreditan el “tono” general que guió la elaboración de ciertos relatos. Por ejemplo, en una serie de estudios J. Chiamonte, a partir de la constatación del sentido que tenían, para los habitantes del Río de la Plata a principios del siglo pasado, términos tales como “pueblo”, “nación”, “argentino”, “americano”, etc., desarticula las historias de la Revolución de Mayo escritas por historiadores de fines del siglo XIX. Estos relatos encontraban en los revolucionarios de Mayo un sentimiento maduro de nacionalidad argentina que pugnaba por la constitución de un Estado. El análisis del uso de aquellos términos mostró que tal sentimiento no existió.¹³

Observaciones similares pueden hacerse respecto del ejemplo de Topolski (véase parágrafo I del presente artículo). La noción de “crisis” aparece en los estudios de algunos historiadores resultando en la constitución de un hecho “la crisis europea en los siglos XIV y XV”. Este concepto tiene la función de unificar y dar coherencia a los enunciados y relatos verdaderos, permitiendo la construcción de la narrativa. El relato total construido con esa categoría es inventado en el sentido de que es una conjetura, una hipótesis que no se deriva inductivamente a partir del registro histórico, ni su verdad depende de que haya sido vivida por los protagonistas como una crisis (en todo caso, si ese sentimiento existió será él mismo explicado por referencia a las condiciones objetivas). Pero, si bien, como afirma Topolski, la noción de crisis *es inventada a partir de varios descubrimientos* (tales como la aparición de tierras sin labrar en áreas rurales y dificultades con la alimentación del creciente número de la población, cf. p. 53), contrariamente a lo sostenido por él, este ejemplo muestra claramente cómo la noción de crisis manifestará mayor

¹³ No puedo extenderme en este ejemplo, el cual analizaré extensamente en un trabajo en preparación, pero debo señalar que el mismo revela importantes aspectos de la historiografía. Pues, si bien los estudios de Chiamonte, al igual que los de Halperín Donghi, son en algún sentido “refutadores” de las interpretaciones de Mitre y Fidel López, éstas no son descartadas como meras falsificaciones. Es más, estos trabajos ofrecen al historiador contemporáneo la mayor fuente de información acerca del propio contexto histórico al que pertenecieron el propio Mitre y Fidel López, en el sentido de que es su propia preocupación por la constitución de la nación, en un período en que ésta era débil, lo que los llevó a construir un relato en el que la “nación” ya aparecía constituida desde sus orígenes (véanse Chiamonte, 1992; Halperín Donghi, 1961). Es justamente en el éxito en la desmitificación de ciertos relatos a partir del develamiento de su contexto de producción en donde reside el principal argumento a favor de la objetividad del conocimiento histórico y no de su arbitrariedad como algunos han pretendido (argumento que desarrollo en la comunicación citada en la nota anterior).

o menor adecuación según sea lo que informen sus enunciados componentes. En suma, no es indiferente a la descripción de una situación global como crítica el registrar problemas en las cosechas, epidemias, guerras, etc. Por el contrario, el registro de cosechas exitosas, de una saludable situación sanitaria y de un aumento demográfico hará problemática la calificación de un período histórico como crítico (o al menos crítico en el mismo sentido). En definitiva, si bien debemos reconocer con White que los datos históricos *no obligan a cambiar* las modalidades de relaciones elegidas por los diferentes historiadores —es más, relatos rivales pueden compartir muchos datos relevantes y, más aun, es muy común que las controversias historiográficas discurren acerca de cómo tratar con un mismo conjunto de datos—, su afirmación sólo nos advierte del hecho de que ningún conjunto finito de enunciados sobre datos permite verificar o refutar de manera *concluyente* una teoría o un relato histórico.¹⁴ Pero, ¿por qué identificar crítica con refutación o verificación concluyente? No digo que White sostenga esto pero parece desearlo, sólo así puedo entender su reticencia a reconocer un rol crítico a los datos en las controversias historiográficas reales.

En suma, si bien White tiene razón en cuanto a la existencia de datos independientes del relato histórico, se equivoca acerca del rol epistemológico que juegan en la aceptación o rechazo de éste. Ningún dato histórico obliga a abandonar un relato acerca del pasado, pero esto no significa que cualquier relato sea tan aceptable como cualquier otro. En casos como hemos visto, y en muchos otros, los datos permiten discriminar entre relatos rivales. Es importante preguntar aquí por qué entonces no descartar el registro histórico y aceptar que los eventos son sustancialmente cambiados y que los datos son sustancialmente diferentes de una narración a otra. Existen tres razones por las que no sigue esa vía y que trataré en el último punto.

V. Las implicaciones del impositivismo: la ambigua actitud de White ante el registro histórico

La primera razón de la admisión de datos independientes sin rol crítico, ya señalada por muchos de sus críticos,¹⁵ se refiere a la presencia en este autor de un prejuicio atomista según el cual el pasado se da o es primariamente en forma de incidentes aislados. Sin embargo, como apunta A. Norman, la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, no es menos real que el día D, ni éste que los eventos ocurridos en sus 24 horas. En historia las partes no son

¹⁴ Afirmación desarrollada en el seno de la filosofía analítica.

¹⁵ Especialmente J. Topolski (1981), N. Carrol (1990), D. Carr (1986) y A. Norman (1991).

menos problemáticas que el todo. La apariencia de coherencia no debería producir más escepticismo que la incoherencia (1991, pp. 123-124). Es más, ¿por qué pensar que los registros o datos históricos informan incidentes aislados?; ¿a qué se considera en la historia un incidente aislado? Nuestra experiencia y registro del pasado están lejos de conformar una sucesión de incidentes atómicos aislados; más bien, parecen ser todo lo contrario, es decir, “incidentes” compuestos y estructurados, ¿o no son los componentes de la Segunda Guerra Mundial tales como el día D, la batalla de Dunkerque, el suicidio de Hitler, el hundimiento del Graf Spee tan estructurados como la guerra de la que forman parte? Más aun, los “componentes atómicos” de una situación como el día D —cada una de sus horas— ¿no son estructuras a su vez descomponibles? En definitiva, es esa concepción de la realidad histórica —y de la experiencia de ella, en esto es ambiguo— independiente de toda interpretación, como una sucesión de incidentes aislados carentes de forma y conexión, la que conduce a White a evaluar a toda “interpretación” de esa realidad como una imposición distorsionadora. Pues, en la medida en que toda interpretación establece conexiones acerca de una realidad inconexa, inevitablemente distorsiona esa realidad. Ahora bien, que la realidad pasada (o actual) sea inconexa y no estructurada no es algo de lo que tengamos experiencia ni registro. Pero, aun cuando ni el registro histórico ni nuestra experiencia histórica justifiquen concluyentemente nuestras sistematizaciones del pasado, eso no implica que nuestros relatos e interpretaciones sean inevitables distorsiones del mismo. *Si efectivamente distorsionan el pasado, no será por el hecho mismo de establecer conexiones, sino por no haber establecido las conexiones adecuadas.* Ahora bien, esta concepción de una realidad independiente de toda interpretación necesariamente distorsionada en cuanto relatada o interpretada aleja a White de las filosofías idealista y especulativa de la historia.

En segundo lugar, debe señalarse en el imposicionalismo la presencia de una actitud crítica frente a la llamada filosofía idealista de la historia (Dilthey, Croce, Collingwood), actitud presente también en la filosofía analítica (crítica o defensora de las explicaciones legaliformes). En general, los filósofos analíticos criticaron a los mentores de las ciencias del espíritu por pretender fundar la heterogeneidad metodológica de la historia en la heterogeneidad de la “materia de la historia” con respecto a la materia de la naturaleza. Pues ello implicaría, para estos autores, una “reificación conceptual”, es decir, una reificación (comprometerse con la existencia) de categorías tales como intenciones, motivos, sentidos y conexiones causales individuales, cuyo único fundamento residía (a los ojos de los analíticos) en el lenguaje y los propósitos del historiador. Como lo señaló Patrick Gardiner (1961), la filosofía idealista de la historia suscribe la teoría de la verdad como copia y la

sugestión del ideal de conocimiento por contacto directo, sólo que, al no poder contactarse directamente con los eventos pasados, los postula como mentales. En general, los contrincantes analíticos del imperialismo del modelo hempeliano de explicación se cuidaron de ofrecer una fundamentación última de sus modelos alternativos de explicación en la realidad histórica misma. Evitaban, de este modo, contraer compromisos “metafísicos” con entidades dudosas y proponían como alternativa una defensa pragmática¹⁶ del carácter *sui generis* de la historia. En definitiva, todos los participantes en la disputa sobre el tipo de explicación usado en la historia interpretaron a los defensores idealistas del carácter *sui generis* de dicha disciplina como sosteniendo dos prejuicios: por una parte, una noción de realismo como copia y, por otra, un ideal de conocimiento por contacto directo pues, ¿de qué otro modo, se preguntaría un analítico, puede interpretarse la recomendación de la necesidad de un método acorde a esa realidad o de la necesidad de *repensar, reactualizar o revivir el pasado?*¹⁷ En suma, la defensa pragmática de la práctica historiográfica real por parte de los críticos analíticos de la concepción nomológica de la explicación y el imposicionalismo de White comparten el rechazo a la reificación categorial efectuada por la filosofía idealista de la historia. La diferencia estaría dada por el hecho de que para White la alternativa a la reificación es la imposición distorsionadora. En cambio, para los analíticos no habría imposición sino una cierta continuidad entre las categorías lingüísticas de la vida cotidiana (y la realidad pasada es parte de ella) y las de la historiografía.

La última razón de esta actitud ambigua con respecto a los datos históricos tiene que ver con una diferenciación de su posición con la filosofía especulativa de la historia. Contrariamente a algunas expresiones provocativas del propio White, la concepción imposicionalista acerca del trabajo del historiador no iguala a éste a la filosofía especulativa de la historia. Pues, por un lado,

¹⁶ En dos trabajos anteriores (1990 y 1996) expuse ampliamente el debate que protagonizó la filosofía analítica de la historia en torno al modelo hempeliano de explicación. El aspecto común entre los principales oponentes a tal modelo fue el de retrotraer la discusión de las cuestiones lógico-formales (para evaluar la explicación) a las de tipo pragmático. Es decir, dilucidar la estructura y adecuación de las explicaciones dadas en historia rescatando los intereses del historiador, y evitando imponer desde afuera un modelo que resulte ajeno a dicho interés. A través del análisis del lenguaje de los textos históricos, estos teóricos identifican una pluralidad de explicaciones lógicamente coherentes y explicativamente “completas”.

¹⁷ Frente a esta consideración “metafísica” de la irreducibilidad de la explicación histórica a la llamada teoría de la cobertura legal estricta, algunos críticos ofrecieron una consideración “analítica”. La discusión fue una polémica por los intereses del conocimiento, sólo que en una versión analítica, es decir ni metafísica ni trascendental sino lingüística. La precisión o vaguedad de los términos que emplean los historiadores (así como la alternativa entre apelar a leyes o a generalizaciones vagas o a ninguna generalización) será juzgada en función de los intereses de la investigación y no de la supuesta “materia” de la historia.

si bien historia y filosofía de la historia comparten la actividad de puesta en intriga (*emplotment*), la última es intriga pura. En cambio, la historia es la imposición (puesta en) de la intriga a los datos (“El valor...”, p. 21). Por otro lado, la filosofía especulativa de la historia también sería acusada del pecado de reificación en la medida en que lo que se reifica es la propia intriga y la función del dato se reduciría a la de una mera ilustración ejemplificadora; en cambio la actividad del historiador es la imposición de la intriga a los datos. Esta separación entre filosofía especulativa e imposicionalismo es la que obliga a White a otorgar cierta independencia a los datos. En suma, *es justamente su insistencia en el carácter distorsionador que tienen indefectiblemente los relatos históricos con respecto a una realidad pasada concebida como una sucesión de incidentes aislados sin ninguna conexión lo que conduce a White a sostener datos independientes sin función crítica.*

VI. Conclusión

He tratado de mostrar que la concepción impositivista acerca del relato histórico sostenida por Hayden White se basa en una caracterización inadecuada de una concepción realista del conocimiento histórico. Caracterización que, como he mostrado, había sido rechazada por la filosofía analítica de la historia por plantear a los historiadores el cumplimiento de requisitos ingenuos e innecesarios. También he tratado de mostrar que su impositivismo es consecuencia de una concepción de realidad histórica (estrecha e inaceptable) que hace inevitable juzgar a toda interpretación como esencialmente distorsionadora. Es su insistencia en el aspecto distorsionador de toda interpretación lo que lo aleja tanto de la tradición de la *Verstehen* como de la filosofía especulativa de la historia por la inaceptable “reificación categorial” efectuada por ellas. Ahora bien, en lugar de investigar formas alternativas de concebir la relación entre relato histórico y realidad pasada —es decir, profundizar en la conexión entre la forma en que se comprenden los agentes históricos y la forma en que comprende la historiografía, una línea que ha dado interesantes resultados en la filosofía de la historia contemporánea— ha reducido el pasado del cual habla el historiador a su forma de expresión. El resultado de ello es la exageración del aspecto literario sobre otras características del trabajo histórico —tales como concepciones acerca de la naturaleza humana o de la sociedad—, es decir, la exageración y consideración exclusiva y excluyente de la función legitimadora, estética y expresiva del relato.

Franz Ankersmit (1986) ha destacado como uno de los logros fundamentales de White el haber desplazado el interés por los detalles de los estu-

dios históricos hacia la totalidad del trabajo histórico. Sin embargo, es difícil evitar implicaciones reduccionistas en su reclamo de concebir al texto histórico como sólo un artefacto literario. Esta *entronización de lo literario* (producto de un recorte arbitrario y parcializador), en conjunción con su afirmación de *imposición*, le impide reconocer la función crítica de los datos históricos. Pues el relato histórico es más que su forma de expresión y familiarización, también conforma concepciones metodológicas, epistemológicas y metafísicas (aspectos reconocidos por el propio White), y resulta una sobresimplificación considerar que alguno de éstos es la causa determinante de los demás. Es justamente esa combinación de arte y ciencia, expresión y explicación, educación y conocimiento, lo que hace difícil justificar de modo concluyente la elección entre relatos alternativos por referencia a datos históricos, pero esto no justifica su reducción a simple artefacto literario.

BIBLIOGRAFIA

- Ankersmit, F. R. [1986], "The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History", *History and Theory*, XXV, Bei 25.
- Carr, David [1986], *Time, Narrative and History*, Bloomington, Indianapolis Indiana University Press.
- Carrol, Noël [1990], "Interpretation, History and Narrative", *The Monist*, 73, 2.
- Chiaramonte, J. C. [1992], "Ciudad, provincia, nación: las formas de identidad colectiva en el Río de la Plata colonial", en *Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas "España en América y América en España"*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Gardiner, Patrick [1961], *La naturaleza de la explicación histórica*, México, UNAM.
- Goldman, Noemí [1992], *Historia y lenguaje. Los discursos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, CEAL.
- Halperín Donghi, Tulio [1961], *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*, Buenos Aires, CEAL.
- Kosso, Peter [1992], "Observing the Past", *History and Theory*, XXXI, 1.
- Norman, Andrew [1991], "Telling It Like It Was: Historical Narratives on their Own Terms", *History and Theory*, XXX, 2.
- Ricoeur, Paul [1987], *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, vol. I, Madrid, Ediciones Cristiandad.
- Schaff, Adam [1976], *Historia y verdad*, Barcelona, México, Buenos Aires, Planeta-Agostini.

- Topolski, Jerzy [1981], "Conditions of Truth of Historical Narratives", *History and Theory*, XX, 1.
- Tozzi, María Verónica [1990], "Tipos ideales en historia", *Revista de Filosofía*, N° 1, vol. V.
- [1996], "La 'reconstrucción histórica'. Acerca de los supuestos epistemológicos de la explicación y narración historiográfica", *Revista Latinoamericana de Filosofía*, en prensa.
- White, Hayden [1992], *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.
- [1980], "The Value of Narrative in Contemporary Historical Theory", en Hayden White, 1987.
- [1987], *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press.
- [1982], "The Historical Text as Literary Artifact", en *Tropics in Cultural Criticism*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press.
- [1982b] "Las políticas de la interpretación: disciplina y de-sublimación", en Hayden White, 1987.

María Verónica Tozzi
 UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 Dorrego 972, 4° "A"
 (1414) Capital Federal. Argentina

ABSTRACT

In the last years, both philosophers of history and historians have been concerned about the epistemological status of historical stories. The debate traces back to Hayden White, who rejected the idea that historical stories can be told from fictional ones on the basis of the real character of the facts referred to. In what follows, I will critically examine White's conception and I will show that the rejection of the thesis in question depends on three assumptions. The first one is a narrow characterization of the explanatory effect of the historical story conceived as a pictorial representation. Secondly, there is a narrow conception of historical reality, which allows for a continuity between the analytic philosophy of history and the imposicionalist narrativism. In third place, there is a reduction of the content of the historical text —namely, the past— to its form of expression. The upshot is a hypostatization of the literary aspects of the historical story, with the consequent detriment to its ontological and evaluative commitments.